

# **SOR SACRAMENTO**

**Carmen Cobo López**

Me llamo Sor Sacramento y desde siempre supe mi vocación, la consagración hacia mi Señor. No tengo palabras cual grande eres, mi Señor. Hablando de mí, soy una persona concisa y muy segura. Aunque no quiero alardes. Si es cierto que vivo en el “Santo Reino”, al cual se le conoce por diversos relatos que están muy arraigados a sus gentes. Estamos ante una tierra llena de misterios. Por aquí han pasado muchas culturas distintas desde la cultura argárica, pasando por los íberos, los cartagineses, los visigodos, los judíos, los musulmanes nazaríes... Todos ellos nos han dejado un gran legado.

Admiro todo lo que me rodea por pequeño o grande que sea, desde una pequeña piedra, que puede ser un resto de la ciudad perdida de la Atlántida, según Platón, hasta la grandiosidad de la catedral de manos de Andrés de Vandelvira, la Alcazaba, los baños árabes o la muralla.

En mi niñez viví en la judería, un barrio lleno de vida. Distintas culturas convivíamos allí sin ninguna distinción. Cada uno tenía sus costumbres y tradiciones. Pero lo bueno era que había una gran diversidad y todos nos respetábamos. Cuatro religiones confluían: católicos, arrianos, musulmanes y judíos. Amaba los tiempos de paz. Recuerdo como se me era prohibido salir a la calle debido a la multiculturalidad, sin olvidar el misticismo que impregnaba la ciudad.

Había una leyenda que contaba sobre una gran Sierpe, al que todos conocemos como “El lagarto”. Es cierto que los vecinos tenían miedo a la hora de ir al manantial. Estas tierras son ricas en agua, y el mito dice que el lagarto estaba en la cueva junto a la fuente de la Magdalena. Finalmente, un preso pudo salvarse de su condena al conseguir matar al reptil. A la leyenda de se le conoce como El lagarto de la Magdalena.

Yo sinceramente no podía creerme tales cosas, ni nunca las he creído porque solo tenía ojos para un Dios.

Años más tarde, viví en el “Arrabal de las Monjas” donde me formé en el Convento de Santa Clara. Era un convento a extramuros de la ciudad. Pero yo no estaba conforme. No encontraba una respuesta satisfactoria a mis necesidades espirituales.

Supuestamente todas nosotras, monjas clarisas, no podíamos salir del convento ya que eramos hermanas de clausura. Sin embargo, a todas no les importaba salir para ver a su familia o quien sabe qué. Yo nunca fui capaz de salir de mi lugar. No quería enfadar a mi Señor.

Los días pasaban y yo no salía de mis rezos. Me dedicaba íntegramente a Él, y me sentía agradecida. No necesitaba más. Mi vida.

Todas nosotras vivíamos en la pobreza, no teníamos nada, ni tampoco lo necesitábamos (al menos, eso pensaba yo). Estábamos ante la renuncia absoluta a los bienes o posesiones, siguiendo las indicaciones hechas por Cristo a los primeros apóstoles.

Corría el año 1483 y el ambiente del Reino de Jaén cambió. No lo sabía de primera mano, puesto que, como ya he mencionado, no me atrevía a salir. Yo lo noté porque escuchaba desde mi pequeña ventana una serie de gritos y de tormentos. Parecía que se había desatado la cordura y que todos estaban presos de la locura. Sólo pedí, para mí, ayuda en el Señor.

La causa de tanto alboroto era la creación del Tribunal del Santo Oficio. Yo no podía descubrir lo que era esto. No me imaginaba nada. Era tan inocente que no se me pasó nada por la cabeza que pudiera ser.

Los días pasaban y en la ciudad sólo había una gran vorágine. Escuchaba el bullicio de la gente, el estruendo, el jaleo. Estaba inquieta. Tenía ganas de descubrir que es lo que era. Tenía tanta curiosidad que me era imposible concentrarme y sentir a Dios. A las hermanas preguntaba, pues, pero ninguna quería hablar del asunto. Sus caras delataban lo que estaba ocurriendo, tragedia.

No podía pasar ni un minuto más. Dejé atrás mi retiro espiritual, ese que tanto amaba, la soledad que tanto necesitaba, y me dirigí hacia un convento. Me dirigía hacia La Compañía de Jesús. Esta orden era exclusivamente masculina. Yo no me había topado jamás con un sacerdote o hermano fuera de lo que era la Santa Misa. Decidí visitarles por su labor pedagógica. Me apasionaba aprender a enseñar algún día. Me sentiría muy completa, o al menos es como me siento al enseñar cualquier cosa a mis fieles hermanas.

El edificio se encontraba en la judería, entre la calle Montero Moya, Compañía y Escuelas.

La nostalgia se hizo dueña de mi por unos instantes. El olor de la judería me embaucaba, sin saber, como no, de donde venía.

Durante el trayecto, me crucé poca gente. Era uno de sus días con una rigidez laxa. Las pocas caras que pude ver, me atormentaron el alma. Eran miradas profundas, sin sentimiento, sin reacción. No podía traspasar aquella vida neutra.

Cuando por fin llegué, me abrieron las puertas como si fuera algo común. Yo quedé sorprendida, pero no era tiempo de gesticular demasiadas palabras. Me reuní con uno de los abades y él fue quien me puso los pies en la tierra.

Grandes persecuciones se estaban produciendo en mi tierra. Mejor dicho, en toda la Península. En primer lugar, la situación de hambruna y las recientes oleadas de peste agravaron el ambiente. También se debió a la guerra civil entre el legítimo Pedro I y el futuro Enrique II. Los judíos iban a favor de Pedro. En consecuencia, las aljamas de Jaén y de pueblos de alrededor como Baeza, se estaban quedando vacía. Muchas personas abandonaron la fe de Moisés y se hicieron pasar por cristianos. Nicasio, así como se llamaba el abad, no me explicó mucho más.

Es cierto que me contó un crimen de un niño cristiano que desembocó en un auto de fe en Ávila. Esta leyenda, que nadie sabe si es verdad o no puesto que no han encontrado el cuerpo aún, ocurrió en Toledo, concretamente en La Guardia. Este niño fue secuestrado por unos judíos y judíoconvertos. Tras varios días sin aparecer, finalmente lo encontraron. El niño logró escapar tres veces de estos, pero acabó crucificado en la cruz. Los ochos partícipes fueron condenados a muerte y quemados vivos.

Todo lo que estaba escuchando por mis oídos me horrorizaba. No me imaginaba a nadie capaz de matar a un inocente niño. Tampoco me explicaba como católicos podían matar y quemar vivos a tanta gente. Por ende, también me relató que el rey don Pedro, valedor de los judíos, los vendió como esclavos, al rey de Granada. Motivo más que suficiente para convertirse en judíoconverso, es decir, judíos forzosamente cristianos.

Cuando salí de allí, me dirigí a la calle. Quería ver exactamente que era un auto de fe. Mientras paseaba por la judería, si es que se podía llamar así, no había nada de lo que yo recordaba. Adiós diversidad, colores, olores, gentío, bullicio. Aquí reinaba el silencio. Se denotaba un halo de silencio, mejor aún, de silencio y miedo. No pude evitar un suspiro. Aquella no era la ciudad en donde yo me había criado.

Se hacía tarde, y la mejor opción era volver al convento. No dije palabra a nadie. Esta historia no podía acabar bien.

Días posteriores no salí del convento. Quería interiorizar y asimilar todo lo que estaba pasando. Incredula de mí, pensé que lo mejor sería investigar. ¿Qué mejor forma de investigar? A pesar de todos mis miedos y de mi fiel devoción hacia Cristo, llegué a la conclusión que la mejor opción era escaparme de allí. Un convento, nosotras en clausura, una rutina diaria, un único camino... allí no iba a descubrir la verdad de ninguna de las maneras.

A medianoche de un día cualquiera me fui. Sin decir nada, sin hacer ruido. No quería alarmar a mis hermanas. Quizás estuviera cometiendo un pecado, pero mi intuición decía que alguien no estaba haciendo las cosas bien, y yo, por supuesto, no me podía quedar de brazos cruzados.

Esa noche dormí en la calle debido a mi locura por descubrir los entresijos de aquel tormento. No pude planear nada ni pude avisar a mis padres a tiempo. No creía que era la hora más adecuada para llamar a

mi casa. Además, conociéndolos, no me habrían abierto. Esa noche deambulé por las calles. El miedo nunca se apoderó de mí, Jesucristo estaba junto a mí.

A la mañana siguiente, causé un gran revuelo en el lugar donde me crié. Mis padres, ya ancianos, no se lo podían creer. Ellos me explicaron como había cambiado el barrio desde que me fui. También me mencionaron las atrocidades que se estaban cometiendo a escasos metros, en la Plaza de Santa María.

Los autos de fe se asemejaban a un boato, una festividad donde iban anunciando por las calles los delitos de cada hereje. Había dos cadalsos. Uno donde estaba el Tribunal y otro donde estaban los condenados. Todos los condenados llevaban el sambenito y la coraza. Esto era símbolo de lo que eran, reos de fe. Tenían que abjurar de su religión. Pero no todos lo hacían.

En el Valle del Guadalquivir, más que judíoconvertos, había criptojudíos. Estos practicaban el judaísmo clandestinamente. También se les llamó cristianos nuevos. Los alumbrados eran otro grupo, en este caso católico, pero se consideraban heréticos debido a la especie de secta mística que formaban.

Al cabo de un tiempo, Yo me percaté de que aunque la situación era tensa, estas personas vivían en otras zonas de la ciudad, y hacían una vida relativamente normal. Estas personas no estaban ya constreñidas en la aljama y no tenían que vestir como cristianos. Incluso llegaron a ocupar cargos municipales. La envidia de las clases cristianas hizo que se volviera a la represión y a la persecución.

Desde que llegué al corazón de la ciudad no había visto aún un auto de fe. Por otra parte, me preguntaba que estarían pensando en el convento sobre mi...

En aquel momento se estaba planeando una matanza contra los conversos. Bastaba solo una denuncia, incluso en el anonimato, para poner en marcha el proceso y que te juzgaran.

Por fin llegó el día en el que contemplé un auto de fe. Me di cuenta debido a todo el público congregado y lo que esto suponía. En su origen, estos actos se concebían para edificar a la persona, llevarla por el buen camino y también para inspirar el miedo. Pero, mi sensación fue más bien de una fiesta pública debido al griterío y a los insultos. Puro escarnio público. Se me olvidó decir que estos autos de fe empezaban con una procesión desde el convento de Santo Domingo.

Una leyenda me vino a la mente. Por el camino que tienen que arrastrar la condena los reos, hay un Cristo. El Cristo es llamado el Cristo del Amparo y se apareció cuando un grupo de judíos intentó profanar la procesión.

Retomando, en aquel momento estaban condenando a 55 conversos. Algunos iban atados de manos y amordazados. Otros llevaban una soga a la garganta. Sus caras delataban terror. Había jóvenes que tendrían alrededor de los 15 años. Mi corazón se empequeñecía.

Llegó la hora de que el juez se pronunciara. Además de la pena de muerte, se dictaron otras penas como el destierro, confiscación de bienes, prohibiciones, azotes, cárcel...

Lo que yo no podía creer como el hombre podía matar a las personas. Este tribunal no podía condenar a la pena capital, pero lo hacían la justicia civil. Lo llamaban la relajación y lo comparaban como un crimen a su majestad.

Sabemos que el poder estaba ligado al cristianismo. Aunque, en mi opinión, el rey no tenía nada de devoto.

Lo que no cabía en mi cabeza, como podían personas fieles como yo, calumniar a personas por el simple hecho de no creer en nuestro Dios.

Si es cierto que para nosotros solo hay un Dios, pero al igual que había diversas culturas, etnias, lenguas etc. También podía existir otras religiones.

A esta conclusión llegué después de darle vueltas y más vueltas. La muerte no podía ser el resultado. La diversidad era lo que nos enriquecía. Sólo hacía falta ver la judería de mis tiempos mozos y la de la actualidad. Ni punto de comparación. Un antes y un después en la ciudad de Jaén.

Siguiendo con el auto, los condenados fueron entregados a la autoridad civil porque la ejecución de las sentencias de muerte correspondía a la justicia civil. Esto era llamado el brazo secular. Los que recocieron su error -ningún error en mi opinión- fueron castigados al garrote vil. Los impenitentes, quemados vivos.

El mensaje que legó Cristo de paz, de amor -dio su vida por nosotros- y, sobre todo de perdón, parecía haber sido absuelto por todos. La sociedad de aquel entonces no sabía nada. ¿Por qué no llamarla aquelarre? Pues lo parecía. A mi parecer.

Los castigos, mejor dicho, penas de muerte, se efectuaban en otro lugar. Yo me desplacé para atestiguar todo. No todo el mundo siguió a esta aberración.

El lugar elegido por excelencia era el cerro del Canjorro. Por aquí había diversas simas y grutas. También con leyendas. Como ya he dicho, Jaén es un lugar de lo más místico. Estas cuevas las asemejaban con las brujas de Zugarramundi, en el Pirineo navarro. La cuestión de las brujas era simple fantasía, bajo mi punto de vista.



Lo que si acaeció en la realidad, o al menos hay un símil de estatua, es una historia que un aficionado a las plantas vio, por esta zona, un jilgero con un ala semiabierta. Lo cogió para curarlo y darle calor, y de repente comenzó a brillar. Se transformó en una bellísima joven. Poco a poco la joven se desvaneció y la pared de la gruta empezó a cambiar. Se formó también una estalactita que se parece a una figura de una mujer, de aquí otra leyenda más.

En cuanto a la situación que estaba viviendo, era escalofriante. Algunas personas empezaron a ser quemadas vivas. El dolor que reflejaban sus ojos pasaba mi alma y me consternaba.

La crudeza de la realidad era visible a través de los gritos y de los sollozos. No sabía que hacer. Me sentía indefensa, y a la vez culpable. ¿Cómo yo podía acabar aquello? ¿Cómo podía haber estado pasando eso durante tanto tiempo? Y yo, ciega de mí, sin inmutarme, en mi vida inclaustrada.

Otros murieron mediante el garrote vil, un estrangulamiento atroz. También pude contemplar el aplasta cabezas, la toca, la limpieza de almas, la rueda... Un arsenal de intrumentaria aberrante.

Me dolieron las muertes, como si fueran personas de mi familia. Por encima de cualquier diferencia, eramos personas. Todos habíamos nacido de la misma manera. Todos hacíamos las mismas funciones básicas.

Todos sentíamos.

Todos teníamos preferencias, gustos...

Pero no todos teníamos libertad. La libertad en todas sus facetas estaba presa. La sociedad estaba oprimida. Al igual que yo estaba encadenada en el convento. Sin embargo, un día me salté las normas y salí. Y no volví a entrar.

Ni tampoco quería.

El camino de mi vida no podía ser vacío rezando en un convento. No era lo que me llenaba plenamente. No me olvidé nunca de mi Señor, el guiaba mis andanzas yo tenía que moverme. El objetivo de mi existencia era luchar por las personas. Todos eramos iguales, aunque con diferencias. No diferentes. La libertad era una cuestión inherente a la vida. Pero esto no era así. La autoridad pública determinaba la libertad de conciencia, como podíamos ver en la Paz de Ausburgo con la medida cuius regio eius religio. Todos deberíamos gozar de ciertos derechos, derechos justos e universales, e incluso algunos innatos. No creo que el derecho fuera otorgado por Dios como algunos pensaban. En el derecho solo intervenían las personas. Era cuestión de las personas y de sus principios. No puede haber derecho si, para empezar, tenemos la sociedad que tenemos. Sociedad estamental donde la mayoría de personas están sometidas a la élite. Opresión lo llamo.

La desigualdad era evidente, como podemos comprobar con los estatutos de limpieza de sangre. Mecanismos que impedían que los judíos conversos y sus descendientes ocuparan puestos en las instituciones y congregaciones.

También soy consciente de que tanto como exijo derechos, también reclamo obligaciones. Las sociedades se deberían basar en acuerdo mutuo y conformidad. En otras palabras, paz. Para ello, muchos comportamientos deberían ser regulados. Pero nunca, nunca penados por un tribunal que ni siquiera sigue sus principios morales.

Lo que vi ese día no es digno de recordar. Pero eso no es excusa para no luchar contra ello. Por esta cuestión, aquel día me puse en contra de todo y de todos. Reclamé justicia. Atestigüé que eran personas inocentes. Y exclamé mi discurso por los cuatro costados. Poco se podía hacer cuando el panorama estaba tan turbio en esos momentos. Los 55 habían cumplido la condena de muerte. Pero yo sentí esa necesidad imperial de revelarme. Quien me lo iba a decir...

Esto me costó la libertad. El revuelo que se armó fue tal - imaginad una monja allí a favor de los condenados- que fui apresada. En aquel mismo momento, me llevaron a los calabozos. Durante largo tiempo, debatí en mi interior si había sido la mejor opción expresarme. Pero... ¿por qué no? Porque iba a estar callada ante actos que no me gustaban. Alguien tenía que cambiar el mundo en el que vivíamos, y a mi no me importaba ser yo. De hecho, tenía ganas de ser yo. Confiaba en mi y en a quien seguía, Jesucristo.

La historia acaba de empezar, y de lo que estaba segura era de que un cambio era posible. Todos saldríamos de aquel mal momento. Llegaría un día, en el cual todos seríamos iguales, con los mismos derechos, las mismas oportunidades, las mismas obligaciones. Todos gozaríamos de una plena y absoluta libertad. Aunque estaba incapacitada, tenía claro que era el comienzo. Los comienzos siempre son difíciles, dicen. Los derechos humanos los conseguiríamos, unidos y a través del diálogo. El diálogo es la clave para llegar al mundo deseado, al acuerdo, a la concordia, al mundo añorado por tantos.

Bueno, más bien un mundo inimaginable ya que todos no habían visto aquella perspectiva del mundo.

Sinceramente, yo tampoco conocía aquella utopía, como era de esperar. Pero mi razón decía que otro mundo mejor era posible. Mientras eso siguiera así, lucharía fuera donde fuera para conseguirlo. Mis aspiraciones al mundo justo y equitativo los llamé los derechos humanos, pues todo el mundo tenía derecho a tenerlos desde el nacimiento hasta la muerte. Estos, no podían ser condenados a ser un instrumento del poder, al igual que no podían ser condenadas las personas sin una razón concisa. Las distinciones no eran argumentos de peso para ser convalidadas como delito. Las distinciones formaban parte del ser humano y eran lo que movía fronteras, lo que nos impulsaba a actuar, a creer, a ver diferente, a abrir nuestra mente. Los derechos humanos serían el culmen de toda mi reflexión, de todo este

Carmen Cobo López

cambio de mentalidad que llevé acabo. Ojalá algún día viera con mis propios ojos la ejecución de este sueño.

Firmado: Sor Sacramento